

León Trotsky

EL SOVIET DE PETERSBURGO DE 1905¹



EL HILO DE ARIADNA

La formación del Soviet de Diputados Obreros

Octubre, noviembre y diciembre de 1905: es la época culminante de la revolución. Comenzó por la modesta huelga de los tipógrafos moscovitas y se cerró con el saqueo de la antigua capital de los zares, entregada a las tropas del gobierno. Pero con la excepción de la hora final –la de la insurrección moscovita–, el primer lugar en los acontecimientos de este periodo no corresponde a Moscú.

El papel de Petersburgo en la Revolución Rusa no puede compararse con el de París en la revolución que cierra el siglo XVIII. Las condiciones generales de la economía aún primitiva de Francia, el estado rudimentario de sus medios de comunicación por una parte, y por otra su centralización administrativa, permitían a París localizar de hecho la revolución entre sus murallas. Todo lo contrario sucedió entre nosotros. El desarrollo capitalista suscitó en Rusia otros focos revolucionarios separados, tantos como centros industriales existían, y éstos, aún conservando la independencia y espontaneidad de sus movimientos, seguían estando estrechamente ligados entre sí. El ferrocarril y el telégrafo descentralizaban la revolución, a pesar del carácter centralizado del Estado, y sin embargo, los mismos medios de comunicación daban unidad a todas las manifestaciones locales de la fuerza revolucionaria. Sí, a fin de cuentas, puede admitirse que la voz de Petersburgo haya tenido una influencia preponderante, esto no quiere decir que toda la revolución estuviera concentrada en la Perspectiva Nevski o delante del Palacio de

¹ Este texto de León Trotsky es una crónica muy vívida y de primera mano del nacimiento y del papel del Soviet de Petersburgo de 1905, del cual él mismo fue Presidente. En ella se refleja cómo las clases populares desatan su enorme iniciativa creativa, en cuanto deciden ponerse en movimiento y comenzar a subvertir radicalmente el actual orden existente. Por esta razón, *Contrahistorias* recupera este texto, publicado inicialmente en el libro coordinado por Ernest Mandel, *Control Obrero, Consejos Obreros, Autogestión*, Ed. Era, México, 1974, pp. 64–76.

Invierno; significa simplemente que las consignas y los métodos de lucha que preconizaba Petersburgo, encontraron un poderoso eco revolucionario en todo el país. La organización de Petersburgo, la prensa de Petersburgo, proporcionaban modelos rápidamente adoptados por las provincias. Los acontecimientos que se produjeron en los diversos rincones del país, con excepción de las rebeliones de la flota y de las fortalezas, nunca presentaron un valor independiente.

Por lo tanto, si tenemos derecho a colocar la capital del Neva en el centro de todos los acontecimientos con que acaba 1905, en el propio Petersburgo, hemos de conceder el lugar más alto al Consejo o Soviet de Diputados Obreros. Esta es, realmente, la más importante organización obrera que haya conocido Rusia hasta hoy. Además, el Soviet de Petersburgo fue un ejemplo y un modelo para Moscú, Odesa y varias otras ciudades. Pero hay que señalar sobre todo que esta organización, que verdaderamente emanaba de la clase de los proletarios, fue la organización—tipo de la revolución. Todos los acontecimientos giraron en torno al Soviet, todos los hilos se anudaron a él, todos los llamamientos procedieron de él.

¿Qué era el Soviet?

El Soviet de Diputados Obreros se formó para responder a una necesidad objetiva, suscitada por la coyuntura de entonces: era preciso tener una organización que gozase de una autoridad indiscutible, libre de toda tradición, que agrupara desde el primer momento a las multitudes diseminadas y desprovistas de enlace; esta organización debía ser la confluencia para todas las corrientes revolucionarias en el interior del proletariado; tenía que ser capaz de iniciativa

y de controlarse a sí misma automáticamente; lo esencial, en fin, era poder ponerla en marcha en veinticuatro horas.

La organización socialdemócrata, que vinculaba estrechamente, en sus retiros clandestinos, a varios cientos, y mediante la circulación de las ideas, a miles de obreros en Petersburgo, estaba en condiciones de dar a las masas una consigna que iluminase su experiencia natural a la luz fulgurante del pensamiento político; pero el partido no hubiera sido capaz de unificar por un nexo vivo, en una sola *organización*, a los miles y miles de hombres de que se componía la multitud: en efecto, el partido siempre había realizado lo esencial de su trabajo en laboratorios secretos, en los antros de la conspiración que las masas ignoraban. La organización de los socialistas revolucionarios sufría de las mismas enfermedades de la vida subterránea, agravadas incluso por su impotencia e inestabilidad. Las dificultades existentes entre las dos fracciones igualmente fuertes de la socialdemocracia, por una parte, y su lucha con los socialistas revolucionarios por otra, hacían absolutamente indispensable la creación de una organización *imparcial*.

Para tener autoridad sobre las masas, al día siguiente de su formación, tenía que instituirse sobre la base de una representación muy amplia. ¿Qué principio había de adoptarse? La respuesta era obvia. Al ser el proceso de producción el único nexo que existía entre las masas proletarias, desprovistas de organización, no había otra alternativa sino atribuir el derecho de representación a las fábricas y los talleres². Se tenía como ejemplo y precedente la

² Había un delegado por cada quinientos obreros. Las pequeñas empresas industriales se unían para formar agrupaciones de electores. Los jóvenes sindicatos recibieron igualmente el derecho de representación. Es preciso decir, sin embargo, que estas normas no eran observadas con mucho rigor; algunos delegados no representaban más que a cien o doscientos obreros, e incluso menos (1909).

comisión del senador Chidlovski. Una de las dos organizaciones socialdemócratas de Petersburgo tomó la iniciativa de la creación de una administración autónoma revolucionaria obrera el 10 de octubre, en el momento en que se anunciaba la mayor de las huelgas. El 13 por la noche, en el edificio del Instituto Tecnológico, tuvo lugar la primera sesión del futuro Soviet. Sólo estaban unos treinta o cuarenta delegados.

Fue decidido llamar inmediatamente al proletariado de la capital a la huelga política general, y a la elección de delegados. “La clase obrera—decía el llamamiento redactado en la primera sesión—se ha visto obligada a recurrir a la última medida de que dispone el movimiento obrero mundial: la huelga general... En el plazo de unos días, deben producirse acontecimientos decisivos en Rusia. Determinarán para muchos años la suerte de la clase obrera; tenemos pues que ir por delante de los hechos con todas las fuerzas disponibles, unificadas bajo la égida de nuestro Soviet común...”

Esta decisión de importancia incalculable fue adoptada por unanimidad; ni siquiera hubo debate sobre el principio de la huelga general, sobre los métodos que convenían, sobre los fines y las posibilidades que podían contemplarse, y fueron sin embargo estas cuestiones las que suscitaron, poco tiempo después, una lucha ideológica apasionada en las filas de nuestro partido alemán. No existe necesidad alguna de explicar este hecho por las diferencias psicológicas de las nacionalidades; por el contrario, es a nosotros los rusos a quienes podría reprocharse una predilección enfermiza por las filigranas de la táctica y el abuso de las sutilezas en el detalle. La razón verdadera de la conducta adoptada se encuentra en el carácter revolucionario del periodo. El Soviet, desde el momento en que fue instituido hasta el de su pérdida, permaneció bajo la poderosa presión del elemento revolucionario, el cual, sin perderse en

consideraciones vanas, desbordó el trabajo de la *intelligentsia* política.

Cada uno de los niveles de la representación obrera estaba predeterminado, “la táctica” a seguir se imponía de manera evidente. No había que examinar los métodos de lucha, apenas se contaba con el tiempo de formularlos...

La huelga de octubre caminaba con paso seguro hacia su apogeo. A la cabeza del cortejo avanzaban los obreros del metal y la imprenta. Fueron los primeros en entrar en combate y formularon en forma neta y precisa, el 13 de octubre, sus lemas políticos.

“Declaramos la huelga política—articulaba la fábrica de Obujov, ciudadela de la revolución— y lucharemos hasta el fin por la convocatoria de la Asamblea constituyente sobre la base del sufragio universal, igualitario, directo y secreto, con el fin de instaurar en Rusia la república democrática.”

Al promulgar los mismos lemas, los obreros de las plantas eléctricas declaraban: “Unidos con la socialdemocracia, lucharemos por nuestras reivindicaciones hasta el fin, y afirmamos ante toda la clase obrera que estamos dispuestos a combatir con las armas en la mano por la liberación total del pueblo”.

La exigencia del momento era definida de manera aún más atrevida por los obreros tipógrafos que enviaban, el 14 de octubre, sus diputados al Soviet: “Reconociendo que la lucha pasiva es por sí misma insuficiente, que no basta con abandonar el trabajo, decidimos: que es preciso transformar las tropas de la clase obrera en huelga en un ejército revolucionario, es decir, organizar inmediatamente compañías de combate. Que estas compañías se ocupen de armar al resto de las masas obreras, si es preciso mediante el saqueo de las armerías y arrebatando sus armas a la policía y el ejército allí donde se pueda.” Esta resolución no se quedó en meras palabras. Las compañías de

tipógrafos armados alcanzaron un éxito notable al apoderarse de las grandes imprentas que sirvieron para la publicación de las *Noticias del Soviet de Diputados Obreros* [*Izvestia*]; rindieron servicios inapreciables con ocasión de la huelga de correos y telégrafos.

El 15 de octubre, todavía trabajaban en su mayor parte las fábricas textiles. Con el fin de arrastrar a la huelga a los abstencionistas, el Soviet elaboró toda una serie de medios graduales, desde las exhortaciones hasta el empleo de la violencia. No se vio obligado, empero, a recurrir a este extremo. Si los llamamientos impresos permanecían sin efecto, bastaba con la aparición de una multitud de huelguistas, a veces incluso de unos cuantos hombres, para que cesase el trabajo.

“Yo pasaba delante de la fábrica Pecquelieu, informa al Soviet uno de los diputados. Veo que trabajan dentro. Llamo. “Diga que es un diputado del Soviet Obrero”. “¿Y qué quiere usted?, pregunta el gerente”. “En nombre del Soviet, exijo que su fábrica cierre inmediatamente.” “Bien, a las tres abandonaremos el trabajo”.

El 16 de octubre, todas las fábricas textiles estaban ya en huelga. Sólo en el centro de la ciudad estaban abiertas las tiendas. En los barrios obreros todo comercio había cesado. Al ampliar la huelga, el Soviet se ampliaba y afirmaba a sí mismo. Toda fábrica que abandonaba el trabajo nombraba un representante y lo enviaba, provisto de los papeles necesarios, al Soviet. En la segunda sesión, 40 grandes fábricas estaban ya representadas, así como dos fábricas y tres sindicatos: los de los tipógrafos, empleados de almacén y contables. A esta sesión, que

... el pueblo revolucionario de Petersburgo por nosotros representado, se encontraría apretado en las ratoneras que nos ofrece el general Trepov. Declaramos nuestro propósito de continuar nuestras Asambleas en las Universidades, en las fábricas, en las calles y allí donde nos convenga”.

tuvo lugar en el anfiteatro de física del Instituto Tecnológico, asistía por primera vez el autor del presente artículo.

Era el 14 de octubre: la huelga por una parte, la división en las filas del gobierno por otra, todo afirmaba la proximidad de una crisis. En aquel día apareció el célebre decreto de Trepov: “No disparar al aire y no ahorrar munición”. Al día siguiente, el 15 de octubre, el mismo Trepov reconocía de repente que

“entre el pueblo, se hacía sentir la necesidad de reuniones” y, aún prohibiendo los mítines en los establecimientos de enseñanza superior, prometía poner tres edificios de la ciudad a la disposición de las Asambleas. “Qué cambio en veinticuatro horas—escribíamos entonces en *Izvestia*—: ayer sólo estábamos maduros para la munición y hoy lo estamos para las reuniones públicas. Este truhán sanguinario tiene razón: en las grandes jornadas de lucha, el pueblo gana madurez de hora en hora”.

A pesar de la prohibición, las escuelas superiores estaban atestadas en la noche del 14. Las reuniones se celebraban en todas partes. “Nosotros, reunidos aquí, declaramos—tal fue la respuesta que se dio al gobierno—, que el pueblo revolucionario de Petersburgo por nosotros representado, se encontraría apretado en las ratoneras que nos ofrece el general Trepov. Declaramos nuestro propósito de continuar nuestras Asambleas en las Universidades, en las fábricas, en las calles y allí donde nos convenga”. En la sala de actos del Instituto Tecnológico, donde tuvimos ocasión de hablar sobre la necesidad de reclamar de la Duma municipal el armamento de la milicia obrera, nos trasladamos al anfiteatro de

física. Allí vimos por primera vez el Soviet de Diputados, que sólo existía desde la víspera. Había, sobre los escalones, un centenar de delegados obreros y miembros de los partidos revolucionarios.

El presidente y los secretarios estaban sentados en la mesa de demostraciones. La Asamblea tenía más aire de consejo de guerra que de parlamento. ¡Ni rastro de verbosidad, esa plaga de las instituciones representativas! Las cuestiones sobre las que se deliberaba —la extensión de la huelga y las exigencias a presentar a la Duma—, eran de carácter puramente práctico, y los debates se proseguían sin frases inútiles, en términos breves, enérgicos. Se sentía que cada segundo valía un siglo. La menor veleidad de retórica tropezaba con una resuelta protesta del presidente, apoyada por todas las simpatías de la austera Asamblea. Fue encargada, una diputación especial, de formular ante la Duma municipal las reivindicaciones siguientes: 1º. Adoptar medidas inmediatas para reglamentar el aprovisionamiento de la masa obrera; 2º. Abrir locales para las reuniones; 3º. Suspender toda distribución de provisiones, locales, fondos a la policía, a la gendarmería, etc.; 4º. Asignar las sumas necesarias para el armamento del proletariado de Petersburgo que lucha por la libertad.

Era bien sabido que la Duma estaba compuesta de burócratas y propietarios; exigencias de naturaleza tan radical no tenían otro objeto que producir la agitación. El Soviet, naturalmente, no se hacía ilusión alguna sobre este punto. No esperaba resultados prácticos; tampoco los hubo.

El 16 de octubre, tras una serie de incidentes, varios intentos de arresto de miembros del Soviet, etc. —recordamos que todo esto sucedía antes de la promulgación del Manifiesto Constitucional—, una diputación del Soviet fue recibida en “consulta privada” por la Duma municipal de Petersburgo. Ante todo, a demanda

formal de la diputación, enérgicamente apoyada por un grupo de consejeros, la Duma decidió que si eran detenidos los diputados obreros, enviaría al alcalde de la ciudad a ver al jefe superior de policía, con el encargo de declarar que los consejeros consideraban el arresto de los diputados como un insulto a la Duma. Sólo después, pasó la diputación a formular sus exigencias.

El golpe de Estado que tiene lugar en Rusia —decía al terminar su discurso el camarada Radin (el hoy fallecido Knuniantz), portavoz de la diputación—, es una transformación burguesa que apunta al interés de las clases poseedoras. Os interesa, pues, señores, acelerar su realización. Y si sois capaces de ver un poco lejos, si comprendéis de forma verdaderamente amplia los intereses de vuestra clase, debéis ayudar con todas vuestras fuerzas al pueblo para vencer lo antes posible al absolutismo. No tenemos necesidad de la expresión de vuestra simpatía, ni del apoyo platónico que podríais conceder a nuestras reivindicaciones. Exigimos que nos deis vuestro apoyo mediante una serie de gestos prácticos.

El monstruoso sistema de elecciones ha querido que los bienes de una ciudad que cuenta con millón y medio de habitantes se encuentren entre las manos de representantes de unos miles de propietarios. El Soviet de Diputados Obreros exige —tiene derecho a exigir, no a solicitar, pues representa a varios cientos de miles de obreros, habitantes de esta capital, mientras que vuestra voz es sólo la de un puñado de electores—. El Soviet de Diputados Obreros exige que los bienes municipales sean puestos a disposición de todos los habitantes de la ciudad, para sus necesidades. Y como, en este momento, la lucha contra el absolutismo es la tarea más importante que se impone a la sociedad, y como nosotros necesitamos para proseguir esta lucha lugares de reunión, ¡abridnos

nuestros edificios municipales!

Necesitamos recursos para continuar la huelga, ¡asignad los fondos de la municipalidad para este objeto, y no para mantener a la policía y a los gendarmes!

Necesitamos armas para conquistar y guardar la libertad, ¡asignad los fondos necesarios para la organización de una milicia de proletarios!

Bajo la guardia de un grupo de consejeros, la diputación abandonó el salón de sesiones. La Duma se negó a satisfacer las exigencias esenciales del Soviet y expresó su confianza en la policía, protectora del orden.

A medida que se desarrollaba la huelga de octubre, el Soviet se convertía naturalmente en el centro que atraía la atención general de los hombres políticos. Su importancia crecía literalmente de hora en hora. El proletariado industrial había sido el primero en cerrar filas en torno a él. La Unión de los Sindicatos que se había adherido a la huelga a partir del 14 de octubre, tuvo casi inmediatamente que reconocer el protectorado del Soviet.

Numerosos comités de huelga —los de ingenieros, abogados, funcionarios del gobierno— regulaban sus actos por las decisiones del Soviet. Sometiendo a las organizaciones independientes, el Soviet unificó en torno suyo la revolución.

Al mismo tiempo, la división se hacía sentir cada vez más en las filas del gobierno.

Trepov no escatimaba nada y acariciaba con la mano sus ametralladoras. El 12, se hizo colocar por Nicolás a la cabeza de todas las tropas de la guarnición de Petersburgo. El 14, daba órdenes de no ahorrar munición. Dividió la capital en cuatro sectores militares, mandado cada uno de ellos por un general. En calidad de general-gobernador, amenaza a todos los vendedores de comestibles con hacerlos deportar en el plazo de veinticuatro horas si cierran sus tiendas. El 16, custodia las puertas de todas las escuelas superiores de Petersburgo, que son ocupadas por las tropas. Sin que la ley

marcial sea proclamada, de hecho está en vigor. Patrullas a caballo siembran el terror en la calle. Por todas partes están acantonadas las tropas: en los edificios públicos, en los establecimientos del Estado, en los patios de las casas particulares. Mientras los mismos artistas del ballet imperial se unían a la huelga, Trepov, incansable, llenaba de soldados los teatros vacíos. Gruñía y se frotaba las manos, presintiendo algo importante.

Se equivocaba en sus cálculos. Sus adversarios políticos, representados por una corriente burocrática que buscaba un compromiso fraudulento con la historia, se impusieron. Witte, jefe de este partido, fue llamado al poder.

El 17 de octubre, los esbirros de Trepov dispersaron la reunión del Soviet de Diputados Obreros. Pero éste encontró la posibilidad de reunirse una vez más. Decidió que se proseguiría la huelga con redoblada energía. Recomendó a los obreros que no pagasen ni sus alquileres, ni las mercancías que tomaban a crédito antes de la vuelta al trabajo, e invitó a propietarios y comerciantes a no mostrarse exigentes hacia los obreros. Ese mismo 17 de octubre, apareció el primer número de las *Noticias del Soviet de Diputados Obreros [Izvestia]*.

Y, el mismo día el zar firmaba el Manifiesto de la Constitución. [...]

Los últimos días del Soviet.

Tras la detención de Jrustalev, el Soviet no podía abandonar el campo de batalla; el parlamento de la clase obrera, libremente elegido, obtenía su fuerza precisamente del carácter público de su actividad. Disolver la organización era tanto como abrir voluntariamente las puertas de la fortaleza al enemigo. No quedaba, pues, otra alternativa que seguir el camino en que se estaba comprometido: había que marchar al encuentro del conflicto. En la sesión del

Comité Ejecutivo que tuvo lugar el 26 de noviembre, el representante del partido de los socialistas revolucionarios (Chernov “en persona”) propuso declarar que a cada medida de represión del gobierno, respondería el Soviet con un atentado terrorista. Nos declaramos hostiles a esta medida: en el poco tiempo que quedaba hasta el comienzo de la batalla, el Soviet tenía que establecer un enlace, y el más estrecho posible, con las uniones de campesinos, ferroviarios, correos y telégrafos, con el ejército; a este objeto, a mediados de noviembre, había enviado dos delegados, uno al sur y otro al Volga.

La organización de una caza terrorista contra tal o cual ministro hubiera absorbido sin duda toda la atención y toda la energía del comité ejecutivo. Propusimos, en consecuencia, someter a deliberación la moción siguiente. “El 26 de noviembre, el gobierno del zar ha puesto en cautividad al presidente del Soviet de Diputados Obreros, nuestro camarada Jrustalev-Nosar. El Soviet de Diputados Obreros elige una presidencia temporal y continúa sus preparativos para la insurrección armada“. Se proponían tres candidatos para la presidencia: el del Comité Ejecutivo Ianovski (bajo este nombre figuraba en el Soviet el autor del presente libro), el cajero Vedenski (Sverchkov) y el obrero Zlidnev, diputado de la fábrica de Obujov.

La Asamblea General del Soviet tuvo lugar al día siguiente, a puertas abiertas como siempre. Trescientos dos diputados se hallaban presentes. Se apreciaba un fuerte nerviosismo en la reunión, numerosos miembros del Soviet querían dar una respuesta inmediata y directa al golpe de mano del ministerio. Pero, tras breves debates, la Asamblea adoptó por unanimidad la moción del comité ejecutivo y eligió por escrutinio secreto los candidatos que le fueron propuestos para la presidencia.

El representante del comité principal de la

Unión de Campesinos, que asistía a la sesión, hizo conocer a la Asamblea la decisión adoptada en noviembre por el Congreso de esta Unión: se rehusaría la entrega de reclutas al gobierno y pagar los impuestos, y se retirarían de los Bancos del Estado y de las cajas de ahorro todos los depósitos realizados. Dado que el Comité Ejecutivo, el 23 de noviembre, había adoptado una resolución invitando a los obreros a prever “la bancarrota inminente del Estado”, a no aceptar, por consiguiente, el importe de sus salarios más que en oro y a retirar de las cajas de ahorro todas las sumas depositadas, fue adoptada una decisión para generalizar estas medidas de boicot financiero y se resolvió darlas a conocer al pueblo por medio de un manifiesto redactado en nombre del Soviet, de la Unión de Campesinos y de los partidos socialistas.

¿Serían en adelante posibles las reuniones generales del parlamento proletario? No era seguro. La Asamblea decidió que, en el caso de que no fuera posible convocar al Soviet, el ejercicio de sus funciones correspondería al Comité Ejecutivo ampliado. Tras la detención del Soviet, el 3 de diciembre, sus poderes, de acuerdo con esta decisión, pasaron al Comité Ejecutivo del segundo Soviet.

A continuación, la Asamblea escuchó la lectura de comunicaciones de ardiente simpatía enviadas por los soldados conscientes de los batallones finlandeses, por el partido socialista polaco y por la Unión Panrusa de Campesinos. El delegado de esta Unión prometió que en la hora decisiva no faltaría la ayuda fraterna del campo revolucionario. Despertando un entusiasmo indescriptible entre los diputados y toda la asistencia, bajo una tempestad creciente de aplausos y ovaciones, se estrecharon la mano el representante de la Unión de Campesinos y el presidente del Soviet. La Asamblea se dispersó muy avanzada la noche. El destacamento de policía que, como siempre,

permanecía en la entrada, por orden del jefe de policía, dejó su puesto el último. Para caracterizar la situación, es interesante señalar que en la misma noche un pequeño funcionario de la policía, por orden del mismo jefe de policía, había prohibido una reunión legal y pacífica de electores burgueses, a la cabeza de los cuales se encontraba Miliukov.

La mayoría de las fábricas de Petersburgo dieron su adhesión a la resolución del Soviet, que obtuvo igualmente el asentimiento de los Soviets de Moscú y de Samara, asentimiento expresado en mociones particulares, así como el de los sindicatos de ferroviarios y de correos y telégrafos, y numerosas organizaciones provinciales. La oficina central de la Unión de Sindicatos se adhirió a la decisión del Soviet y lanzó un llamamiento, invitando a “todas las fuerzas vivas del país” a prepararse enérgicamente para la huelga política próxima y “a la última colisión armada con los enemigos de la libertad popular”. Sin embargo, entre la burguesía liberal y radical, las simpatías sentidas en octubre hacia el proletariado habían tenido tiempo de enfriarse. La situación se agravaba sin cesar; y el liberalismo, exasperado por su propia inacción, gruñía contra el Soviet.

La masa, que apenas participa en la política, consideraba al Soviet de forma entre benevolente y obsequiosa. El que temía ser sorprendido en viaje por una huelga de ferrocarriles iba a informarse a la oficina del Soviet. Otros, durante la huelga de correos y telégrafos, venían a someter un texto telegráfico al examen de la oficina y, si ésta reconocía la importancia del telegrama, le hacía salir. Por ejemplo, la viuda del senador B., después de haber recorrido en vano las cancillerías de los ministerios, se dirigió finalmente al Soviet, en una grave circunstancia familiar, solicitándole ayuda. Una orden escrita por este mismo Soviet dispensaba a las personas de someterse a las

leyes. Un taller de grabadores no consintió en fabricar un sello para el sindicato de correos y telégrafos, cuya existencia no estaba sancionada por la ley, sino después de recibir “la autorización” escrita del Soviet.

El Banco del Norte descontó un cheque caducado en beneficio del Soviet. La imprenta del Ministerio de Marina preguntaba al Soviet si tenía que hacer huelga. En el peligro, se dirigían aún y siempre al Soviet, buscando junto a él protección contra particulares, contra funcionarios e incluso contra el gobierno. Al ser declarada la ley marcial en Livonia, los letones de Petersburgo invitaron al Soviet “a decir su palabra” respecto a la nueva violencia del zarismo. El 30 de noviembre, el Soviet tuvo que ocuparse del sindicato de enfermeros, a quienes la Cruz Roja había arrastrado a la guerra mediante falaces promesas, para dejarles después privados de todo; la detención del Soviet puso fin a las medidas enérgicas que había emprendido por correspondencia a este respecto ante la Dirección General de la Cruz Roja.

En el local del Soviet, siempre había una multitud de pedigüeños, solicitantes y querellantes; eran, casi siempre, obreros, criados, dependientes, campesinos, soldados, marineros... Algunos se formaban una idea absolutamente fantástica del poder del Soviet y de sus métodos. Un inválido ciego que había hecho la guerra ruso-turca, cubierto de cruces y de medallas, se quejaba de su miseria y pedía al Soviet “que empujara un poco al patrón”, esto es, al zar... Se recibían declaraciones y solicitudes de localidades ajenas. Los habitantes de una comarca de una de las provincias polacas enviaron al Soviet, después de la huelga de noviembre, un telegrama de agradecimiento. Un viejo cosaco, del fondo del gobierno de Poltava, enviaba su queja al Soviet contra la injusticia de los príncipes Repnin. La dirección de esta curiosa súplica estaba redactada así: “Petersburgo.

Dirección Obrera”; y, sin embargo, el correo revolucionario, sin dudar, entregó el pliego en su destino.

Desde el gobierno de Minsk llegó al Soviet, para obtener una información, un diputado especialmente enviado por una mutual de jornaleros a la que un propietario pretendía pagar tres mil rublos en acciones depreciadas. “¿Cómo hacer?, preguntaba el enviado. Tendríamos

buenas ganas de cogerlas, pero al mismo tiempo tenemos miedo. Hemos oído decir que vuestro gobierno quería que los obreros recibiesen sus salarios en moneda sonante: en oro o en plata”. Se averiguó que las acciones del propietario no tenían casi ningún valor... Los campos no fueron informados de la existencia del Soviet sino muy tarde, cuando ya su actividad tocaba a su fin. Las instancias y los deseos de los campesinos nos llegaban con frecuencia cada vez mayor. Gentes de Chernigov pedían que se les pusiese en relación con la organización socialista local; campesinos de la provincia de Mohile enviaron representantes encargados de hacer conocer las decisiones de varias Asambleas comunales, expresando que en adelante obrarían en completo acuerdo con los obreros de las ciudades y el Soviet...

Un vasto campo de actividad se abría pues ante el Soviet; en su derredor se extendían inmensos baldíos políticos, que solamente hubiera sido preciso trabajar con el fuerte arado revolucionario. Pero faltaba el tiempo. La reacción, febrilmente, forjaba cadenas y podía esperarse, de hora en hora, un primer golpe. El Comité Ejecutivo, a pesar de la masa de trabajos que tenía que realizar cada día, se apresuraba en ejecutar la decisión

El gobierno llega a la bancarrota. Ha hecho del país un montón de ruinas, lo ha sembrado de cadáveres. Agotados, hambrientos, los campesinos ya no están en situación de pagar los impuestos. El gobierno se ha servido del dinero del pueblo...

adoptada por la Asamblea del 27 de noviembre. Lanzó un llamamiento a los soldados, y en una conferencia con los representantes de los partidos revolucionarios aprobó el texto del manifiesto “financiero” propuesto por Parvus.

El 2 de diciembre, el manifiesto fue publicado en ocho periódicos de Petersburgo: cuatro socialistas y cuatro liberales. He aquí el texto de este

documento histórico:

“El gobierno llega a la bancarrota. Ha hecho del país un montón de ruinas, lo ha sembrado de cadáveres. Agotados, hambrientos, los campesinos ya no están en situación de pagar los impuestos. El gobierno se ha servido del dinero del pueblo para abrir créditos a los propietarios. Ahora no sabe qué hacer con las propiedades que le sirven de garantías. Los talleres y las fábricas no funcionan. Falta el trabajo. Por todas partes vemos el marasmo comercial. El gobierno ha empleado el capital de los empréstitos extranjeros en construir ferrocarriles, una flota, fortalezas, en hacer provisión de armas. Al agotarse las fuentes extranjeras, los pedidos del Estado no se reciben más. El comerciante, el gran proveedor, el empresario, el fabricante que han cogido la costumbre de enriquecerse a expensas del Estado, son privados de sus beneficios y cierran sus despachos y sus fábricas. Las quiebras se suceden y se multiplican. Los bancos se derrumban. Todas las operaciones comerciales se han restringido hasta el último límite.

La lucha del gobierno contra la revolución suscita perturbaciones incesantes. Nadie está seguro del día siguiente.

El capital extranjero pasa en sentido

contrario la frontera. El capital “puramente ruso” también se esconde en los bancos extranjeros. Los ricos venden sus bienes y emigran. Las aves de rapiña huyen del país, llevándose lo que es del pueblo.

Desde hace tiempo, el gobierno gasta todos los ingresos del Estado en mantener el ejército y la flota. No hay escuelas. Las carreteras están en un estado espantoso. A pesar de lo cual, falta el dinero, incluso para la alimentación del soldado. La guerra nos ha dado la derrota, en parte porque carecíamos de municiones. En todo el país, son señaladas sublevaciones del ejército reducido a la miseria y hambriento.

La economía de las vías férreas está obstaculizada por el fango; gran número de líneas han sido devastadas por el gobierno. Para reconstituir la economía de los ferrocarriles, serán precisos cientos y cientos de millones.

El gobierno ha dilapidado las cajas de ahorro y ha hecho uso de los fondos depositados para el sostenimiento de los bancos privados y de empresas industriales que, con frecuencia, son absolutamente dudosas. Con el capital del pequeño ahorro, juega a la bolsa, exponiendo los fondos a riesgos cotidianos.

La reserva de oro del Banco del Estado es insignificante en relación a las exigencias que crean los empréstitos gubernamentales y a las necesidades del movimiento comercial. Esta reserva será reducida a polvo si se exige en todas las operaciones que el papel sea cambiado contra moneda de oro.

Aprovechando que las finanzas carecen de todo control, el gobierno acordó tiempo atrás empréstitos que sobrepasaban en mucho la solvencia del país. Mediante nuevos empréstitos, paga los intereses de los precedentes.

El gobierno, de año en año, establece un presupuesto ficticio de ingresos y gastos, declarando éstos como aquellos por debajo de su importe real, a su voluntad, acusando

una plusvalía en lugar del déficit anual. Los funcionarios no controlados dilapidan el Tesoro, ya bastante agotado.

Sólo una Asamblea Constituyente puede poner fin a este saqueo de la Hacienda, después de haber derribado a la autocracia. La Asamblea someterá a una investigación rigurosa las finanzas del Estado y establecerá un presupuesto detallado, claro, exacto y verificado de los ingresos y los gastos públicos.

El temor del control popular que revelaría al mundo entero la incapacidad financiera del gobierno fuerza a éste a fijar siempre para más tarde la convocatoria de los representantes populares.

La quiebra financiera del Estado procede de la autocracia, del mismo modo que su quiebra militar. Los representantes del pueblo no tendrán primero como tarea más que pagar lo antes posible las deudas.

Tratando de defender su régimen con malversaciones, el gobierno fuerza al pueblo a llevar a cabo contra él una lucha a muerte. En esta guerra cientos y miles de ciudadanos perecen o se arruinan; la producción, el comercio y las vías de comunicación son destruidos de arriba abajo.

No hay más que una salida: es preciso derribar al gobierno, arrebatándole sus últimas fuerzas. Es necesario cerrar la última fuente de donde extrae su existencia: los ingresos fiscales. Esto es necesario no sólo para la emancipación política y económica del país, sino, en particular, para la puesta en orden de la economía financiera del Estado.

En consecuencia, decidimos que:

No se efectuará ninguna entrega de dinero por rescate de tierras ni pago alguno a las cajas del Estado. Se exigirá, en todas las operaciones, como pago de salarios y contratos, moneda de oro, y cuando se trate de una suma de menos de cinco rublos, se reclamará moneda sonante.

Se retirarán los depósitos hechos en las cajas de ahorro y en el Banco del Estado,

exigiendo el reembolso íntegro.

La autocracia nunca ha gozado de la confianza del pueblo y no estaba en modo alguno fundada en ella.

Actualmente, el gobierno se conduce en su propio Estado como en un país conquistado. Por estas razones decidimos no tolerar el pago de las deudas sobre todos los empréstitos que el gobierno del zar ha concertado mientras llevaba a cabo una guerra abierta contra todo el pueblo.

El Soviet de Diputados Obreros, el Comité Principal de la Unión Panrusa de Campesinos, el Comité Central y la Comisión de Organización del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, el Comité Central del Partido Socialista Revolucionario, el Comité Central del Partido Socialista Polaco”.

Lógicamente, este manifiesto no podía por sí mismo derribar al zarismo, ni sus finanzas. Seis meses más tarde, la primera Duma de Estado contaba con un milagro de ese género cuando lanzó el llamamiento de Viborg, que pedía a la población que se negase pacíficamente a pagar impuestos, “a la inglesa”. El manifiesto financiero del Soviet no podía servir más que de introducción a los levantamientos de diciembre. Apoyado por la huelga y por los combates que se libraron en las barricadas, encontró un poderoso eco en todo el país. Mientras que, para los tres años precedentes, los depósitos hechos en las cajas de ahorro en diciembre rebasaban los reembolsos en 4 millones de rublos, en diciembre de 1905 los reembolsos superaron a los depósitos en 90 millones: ¡El manifiesto había sacado de las reservas del Estado, en un mes, 94 millones de rublos! Cuando la insurrección fue aplastada por las hordas zaristas, el equilibrio se restableció en las cajas de ahorro...

[...] “El Soviet de Diputados Obreros —escribía *Novoie Vremia*—, no se desanima, sigue obrando enérgicamente e imprime sus

órdenes en un lenguaje verdaderamente lacónico, en términos breves, claros e inteligibles, lo que no se podría decir del gobierno del conde Witte, que prefiere los giros interminables y farragosos que emplearía en su lenguaje una anciana melancólica.” El 3 de diciembre, el gobierno de Witte, a su vez, se puso a hablar “en términos breves, claros e inteligibles”: hizo cercar el edificio de la Sociedad Económica Libre por tropas de todas las armadas; hizo detener al Soviet.

A las cuatro de la tarde, el Comité Ejecutivo se había reunido. El orden del día estaba señalado de antemano por la confiscación de los periódicos, por el reglamento draconiano sobre las huelgas que se acababa de decretar, y por el telegrama donde se revelaba la conjura de Durnovo. El representante del Comité Central del Partido Socialdemócrata (bolcheviques) propone en nombre del partido, las medidas siguientes: se aceptará el desafío del absolutismo, poniéndose de acuerdo inmediatamente con todas las organizaciones revolucionarias del país, para fijar el día de declaración de una huelga política general, el llamamiento a la acción de todas las fuerzas, todas las reservas y, apoyándose sobre los movimientos agrarios y las rebeliones militares, se irá en busca del desenlace...

El delegado del sindicato de ferroviarios afirma que sin ninguna duda el Congreso de ferrocarriles, convocado para el 6 de diciembre, se pronunciará por la huelga.

El representante del sindicato de correos y telégrafos se declara a favor de la moción propuesta por el partido, y espera que una acción común dé vida nueva a la huelga de correos y telégrafos que amenaza decaer... Los debates son interrumpidos por un aviso que se transmite al Comité: el Soviet debe ser detenido ese mismo día. Media hora más tarde, esta información es confirmada. En este momento, la gran sala, iluminada por

ambos lados por grandes ventanales, se ha llenado ya de delegados, representantes de los partidos, corresponsales e invitados. El Comité Ejecutivo, que celebra sesión en el primer piso, decide hacer salir a algunos de sus miembros, para conservar al Soviet una línea de sucesión en el caso de ser detenido.

¡Pero la decisión llega demasiado tarde! El edificio está acordonado por soldados del regimiento de la guardia Ismailovski, cosacos a caballo, guardias municipales, gendarmes... Se escuchan los pasos sordos, el chasquido de las espuelas, de los sables; estos ruidos llenan el edificio. Resuenan abajo las violentas protestas de algunos delegados. El Presidente abre la ventana del primer piso, se asoma y grita: “¡Camaradas, no opongáis resistencia! Declaramos de antemano que, si alguien dispara, no puede ser más que un policía o un provocador...” Unos instantes después, suben soldados al primer piso y se apostan a la entrada del local donde está reunido el Comité Ejecutivo.

El presidente (dirigiéndose al oficial): Le ruego que cierre las puertas y no estorbe nuestros trabajos.

Los soldados permanecen en el corredor, pero no cierran las puertas.

El presidente: La sesión continúa. ¿Quién pide la palabra?

El representante del sindicato de contables: Por este acto de violencia brutal, el gobierno ha confirmado los motivos que teníamos para declarar la huelga general. Lo ha decidido de antemano... El resultado de la

nueva y decisiva acción del proletariado dependerá de las tropas. ¡Que tomen ellas la defensa de la patria! (Un oficial se apresura a cerrar la puerta. El orador eleva la voz.) ¡Incluso a través de las puertas cerradas, los soldados escucharán el fraternal llamamiento de los obreros, la voz del país agotado en los tormentos!...

La puerta se abre de nuevo, un capitán de gendarmes se desliza en la cámara, pálido como la muerte (temía recibir una bala); tras él se adelantan dos decenas de agentes que se colocan detrás de las sillas de los delegados.

El presidente: Levanto la sesión del Comité Ejecutivo.

Abajo, resuena un rumor enérgico y casi cadencioso de metal; se diría que son herreros que golpean el yunque: son los delegados que desmontan y rompen sus revólveres antes que entregarlos a la policía.

Comienzan las pesquisas. Nadie consiente en dar su nombre. Los delegados son cacheados, se toman sus señas, se les numera y son confiados a una escolta de soldados de la guardia medio borrachos.

El Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo está en manos de los conspiradores de Tsarskoie-Selo.

* * *

